

cos se cifran, a decir verdad, en la fecha y el terreno peor elegidos para la fama: las soledades patagónicas, a lo largo los años veinte.

Después de tanto tiempo, cuando Castellanos y Von Klatsch se animan a hurgar en la memoria rural para referir nuevas confesiones en torno a los mellizos —jamás prodigiosas o felices, sino absurdas e inútilmente prolijas—, tropiezan con ese tipo de intriga biográfica que sólo cabe en las ediciones apócrifas. De cualquier modo, es lo que ambos anhelan desentrañar, aunque a veces no estén dispuestos a admitirlo. Parece sobreentenderse, incluso, que el recelo de los dos académicos es un modo de sembrar la confusión, a buen seguro por motivos egoístas. Pero considerándolo desde una perspectiva paradójica, debemos creer que sólo son trucos para despertar el interés o, mejor aún, para envolver el pasado de los Grim con la aureola perdurable del misterio. Esto podría explicar por qué, de cuando en cuando, los dos corresponsales abandonan su cautela profesoral para buscar una postura más cómoda, y sobre todo, mucho más divertida. Al fin y al cabo, ¿no es la vida un inmenso vodevil?

Habría que añadir a favor de nuestros narradores que sus voces, aunque altisonantes y protocolarias, favorecen un coloquio

relajado, envuelto en la bruma del recuerdo, muy generoso en confidencias a pesar de lo poco fiables que éstas llegan a ser. En realidad, su modo de enlazar las frases, e incluso el acento impecable de sus disquisiciones etnográficas, parecen exteriormente las armas de un par de embaucadores profesionales. Al resumir las cuentas, el motivo por el que parece tan ventajoso seguir el rastro de los Grim es muy simple. Como participantes en la humorada, deseamos seguir la pista de hombres que han vivido en un mundo firmemente asentado en el desconcierto.

Desde luego, aún haría falta clarificar unas pocas y tenaces incoherencias que enrevesan la historia —fechas que no coinciden, figuras que empiezan a confundirse, las habituales exageraciones. Información no muy convincente, en apariencia engañosa o más bien... ¿falsa? ¿Y buscando qué?—. Pero más vale dar algún brillo a las cosas. Es mejor. Así suenan distinto. Y además, ¿desde cuándo importa la verosimilitud en un cuento que se cuelga en la puerta de una pulpería?

Mirémoslo de esta manera: el lector sabe que figuras como los Grim y como sus dos biógrafos suelen tener la mente ocupada por algún tipo de obsesión. Esto tiene sus ventajas, porque la obsesión también descubre algún flanco

débil, incluso cuando el espejo de la vida trata de contradecirlo. Un secreto bajo la almohada trae a veces esos efectos. En todo caso, cualquiera que sea el enigma que oculte este relato –no lo descubriremos aquí–, conviene celebrar que sus artífices –Sepúlveda y Delgado Aparain– lo envuelvan con un ingenio tan sostenido.

**El viaje del Loco Tafur**, Mario Mendoza, Seix Barral, Barcelona, 2004, 297 pp.

La vida literaria del bogotano Mario Mendoza discurre a lo largo de novelas como *La ciudad de los umbrales* (1992), *Scorpio City* (1998) y *Satanás* (2002), galardonada con el Premio Biblioteca Breve. La novedad que ahora presenta como *El viaje del Loco Tafur* fue editada previamente en Latinoamérica bajo el título *Relato de un asesino* (2001), enunciado que resume con menor fortuna que el rótulo actual los azares del protagonista. Ante sus cuadernos de notas, este Tafur oficia como narrador y sujeto de sus propios cuentos. Desgrana su relato con los músculos crispados, solo en una estancia de límites agobiantes: la celda de una penitenciaría.

Cada dolor concreto, cada cicatriz que revisa, impide que Tafur pacte una tregua con el mundo exterior. Por supuesto, su historia es el suspiro que requiere un tipo fatigado, absorto en secretas meditaciones, al acecho de una señal que dé un sentido a cuanto le rodea. A modo de ineludible deuda, apunta sobre el papel sus errores, los fallos que fueron rasgando en diagonal su futuro. Sin aceptar el carácter fortuito de esa trayectoria, su mirada acaba fijándose, forzosamente, en el mismo punto: el rayo soleado que, a través de la ventana, reluce en demanda de libertad. Una refulgencia que no encaja en el paisaje carcelario, y que se resuelve literariamente en esos cuadernillos donde Tafur ordena los jalones de su pasado: los años de incómoda niñez en el barrio de Santa Ana, el tránsito hacia un sector venido a menos, y al final, el desvarío en las áreas más abandonadas de Bogotá.

Para subrayar los excesos del protagonista, al trayecto se suma un cadáver, o mejor, la memoria de un crimen cuyas causas determinantes condensará Tafur en un *kibbutz* de Jerusalén y en el monasterio de Al-Muharegh, no lejos de El Cairo. El eterno nomadismo del personaje contrasta con esos periodos en que se retrae, incómodo, y solicita un convenio

con la inmediatez: «Me entrené en convertir mi cuerpo –escribe– en el termómetro de una realidad disonante cuyas fuerzas están en perpetuo movimiento».

Para comprender el abismo de locura en el que, finalmente, Mendoza sumerge a su criatura hace falta un cierto grado de reflexión. Como a Tafur, el futuro –a medio paso entre la esperanza y la conjetura– no nos pertenece. La pasión por las lejanías nos obliga a preguntarnos por nuestros límites, amenazados por el tiempo o la incertidumbre. En todo caso, ese conflicto filosófico –el planteo que constituye la esencia de este agraciado relato– suele resolverse en una zozobra donde todo es presente.

**Las Antillas en la era de las Luces y la Revolución,** José A. Piqueras, ed., *Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2005, 380 pp.*

A la hora del análisis, la región del Caribe es una geografía respecto a la cual no se debe caer en un mecanismo simplificador. Fragmentaria en sus contornos y herencias, es también un ejemplo concreto de cómo las potencias allí asentadas perpetuaron el flujo impulsor de la metrópoli. Sobre

este plano se alza la pregunta que formulan los estudiosos convocados por Piqueras: ¿en qué medida asumieron las Antillas los cambios efectuados en Europa desde finales del siglo XVIII? Según conviene al guión, de dicho interrogante –abierto a una conflictiva multiplicidad de matices– se deriva el conjunto de respuestas encuadradas en este volumen: contestaciones parciales, desenvueltas con eficacia, que chocan y se superponen en una crónica no exenta de contradicciones.

Piqueras no quiere disimular el revolucionario proceso que afectó a la región, encaminada ya hacia un ciclo de cambios económicos, técnicos, políticos y culturales; un ciclo que supuso la reordenación de los vínculos trazados entre ambos hemisferios. La etapa es muy significativa: el medio siglo que transcurre entre los cambios adoptados durante el reinado de Carlos IV y la exclusión de Cuba y Puerto Rico del ámbito constitucional hispánico, en 1837.

Aunque copioso en variaciones, este periodo se distinguió por tres mudanzas de mayor calado: la evolución económica de las islas, la permuta de su composición étnica y la nueva deriva política de la sociedad criolla. Tres factores esenciales para comprender, por ejemplo, el

destino del Imperio español de América, menoscabado desde 1810, cuando florecieron en ultramar nuevas soberanías.

El marco así propuesto queda limitado por dos revoluciones, la francesa y la haitiana, y por dos guerras de independencia, la hispanoamericana y la española. A partir de estos movimientos, el tablero de Cuba y Puerto Rico desvela una clara estrategia: el reformismo, apoyado en la agricultura de plantación con trabajo esclavo y en el refuerzo de las conexiones con Madrid. En contraste, Santo Domingo padece conflictos que frenan su definición, a tal extremo que su linde se confunde con la de Haití. De hecho, las cicatrices de esa unión con el vecino asoman durante el proceso independentista dominicano.

Cada uno de los tres tramos de la obra atiende a una distinta particularidad. En la primera, titulada *Ecos de la Revolución*, se alude a los efectos de esta última en las colonias francoespañolas. Figura como tema central el autonomismo criollo, pero también interesa la incidencia del método revolucionario entre los esclavos de las posesiones hispanas. A renglón seguido, el análisis se centra en asuntos tangencialmente demográficos, como el temor a la africanización o las consecuencias de

la inmigración francesa en Puerto Rico.

La segunda parte, bajo el rótulo *Cambios a la sombra de las Luces*, contiene los estudios que explican los cambios efectuados en las Antillas mediante el programa de la Ilustración. Según refiere el coordinador de la obra, importa en este caso la interacción entre las minorías criollas privilegiadas y el despotismo ministerial. A modo de paradigmas, la monografía baraja los planes científico-culturales del intendente Alejandro Ramírez en Guatemala, y asimismo expone el salto azucarero que a fines del siglo XVIII se dio en Cuba. De forma razonable, estos alardes reformistas quedan descifrados en la etapa que situaremos entre fines del Setecientos y la restauración absolutista de 1814.

La última sección, *Reformismo y miedo a la revolución*, da cuenta de las diversas actitudes políticas que prosperaron en aquel tiempo. En este punto, la particularidad le hace la zancadilla a cualquier generalización, y en tal sentido, acaso por su arrogante y admirable desenvoltura, despierta mayor interés la lealtad anticolonial que el marino boricua Ramón Power personificó en las Cortes de Cádiz.